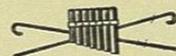


BAJO EL HAYA DE TÍTIRO

BAJO EL HAYA DE TÍTIRO

POR JUAN B. DELGADO
de la Academia Mejicana de
la Lengua C. de la Real Es-
pañola y entre los Árcades
ALICANDRO EPIRÓTICO

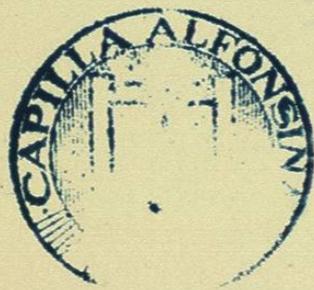


PREFACIO

DE

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

MOMXX



FERNANDO DE TAMAYO

Al Sr. D. Alejandro
Monroy con la estima-
ción y simpatía de
Juan M. Delgado
Roma 1920

A LA MEMORIA DE CARDUCCI

*M. B. ...
...
...
...*

A LA MEMORIA DE GARDUCCI



PREFACIO

PREFACIO

PREFACIO

Tityre, tu patulæ recubans sub tegmine fagi
Silvestrem tenui musam meditaris avena.

Tratárase de un autor que hiciera gala de ironista y de un libro de áspera y militante prosa, y cualquiera diría del título del presente libro—venido a luz después de la guerra, durante el año no sé si de gracia o desgracia de mil novecientos veinte, en una larga hora crepuscular del mundo—que resuena, detona y fustiga como un sarcasmo.

Así yo al menos lo pensé, confieso mi pecado, cuando me lo enunciaba su autor, prescindiendo por un segundo del autor y de su obra, que es obra de poeta, para darme, entre tanto, a evocar las causas reales de la famosa égloga de Virgilio. ¿No se hallan vivos, enteros y palpitantes entre nosotros, a la luz del siglo XX, cuantos personajes contribuyeron, dos de ellos en espíritu y en verdad, el tercero únicamente en espíritu, al de

amargo y melancólico de la égloga virgiliana? Ante Arrios o Claudios "prepotentes"—hombres, clases o pueblos—nunca faltó—hombre, clase o pueblo—un Melibeo desposeído, que, forzado a dejar su tierra en manos de gente extraña, a la hora de la partida, antes de abandonar la patria quizá para siempre, se detuvo sobrecogido de íntima turbación en medio a la melancolía del paisaje crepuscular—mientras del casal rusticano se alza en el aire sereno el penacho de humo que invita a la cena y al reposo y desde las altas cumbres la noche tiende sus crespones al valle—a oír y a envidiar un momento, desbordante el corazón de añoranzas y memorias ingratas o dulces, a aquel otro personaje necesario de la égloga, al indefectible emboscado feliz, llámese Títiro o Virgilio, quien, después de hurtarse a la suerte común, conservando o recobrando, con su tierra y su bien, la paz del corazón, olvidado, en su quietud egoísta, de la incomparable agonía fraterna, ensaya un aire nuevo en la zampoña y se entrega al deleite y al gusto del canto. Y si esto es verdad, nada de extraño fuera expresarlo diciendo que, después de más de veinte centurias, la humanidad se encuentra aún toda, ideal y moralmente, BAJO EL HAYA DE TÍTIRO.

Pero ni este libro es de prosa maleante y combatiente sino de ciencia gaya, ni su autor es filósofo ironista sino un trabajador ingenuo. Es de Méjico, de aquel grande y vasto país que, durante una larga era de paz, al mismo tiempo que empollaba águilas para el futuro, mandaba a discurrir por la América el ejército lírico de dos o tres generaciones de zenzotles. A una de esas generaciones de poetas pertenece el autor de este

libro. Poeta y diplomático, investido por su Gobierno con el cargo de Primer Secretario de la Legación de su país en Italia, cumple, honrando a su Gobierno y a su país, como diplomático y poeta. A la estricta labor oficinesca, desde luego excelente, pero impersonal y oscura, de memoriales y notas, a veces condenada a estancarse o a momificarse para siempre en los anaqueles de una Cancillería, añade y sobrepone él aquella otra labor que, no por ser de esencia ideal, es menos práctica y fecunda. Sin esta forma de labor, la otra, especie de función académica, vana y fría, no asume algún relieve, y, en vez de crear y estrechar vínculos, como se dice en los discursos protocolares, más bien tiende a veces a mantener y a suscitar entre las naciones, en su propia inercia y rigidez, las más inverosímiles causas de mútua ignorancia, desavenencias y conflictos.

La necesidad y urgencia de semejante labor había por fuerza de imponerse a un latino-americano ante el espectáculo de su América desconocida casi universal y completamente de Europa. Aun hoy, con efecto, en la mente del europeo nuestra América está, o más bien oscila de modo vago, incierto y nebuloso entre avatar y avatar, tomando formas a cual más estrafalaria y pintoresca, semejantes a las que tiene de sandía o de calabaza mastodóntica en los viejos mapas del Museo Vaticano contemporáneos de Américo Vespucci. Y es lo más doloroso que tan inestable y falsa idea de América, la comparten, con los demás, los pueblos de las grandes naciones latinas. Aunque por la Conquista, la raza y la lengua, provengamos de España; aunque, sobre todo desde la guerra de Independencia, provengamos de

Francia también por el espíritu de sus enciclopedistas, de su Revolución y de su cultura; aunque, por último, nuestro linaje, a través de la raza española y de la cultura francesa, tenga sus claros comienzos en las pródidas ubres de la loba capitolina, somos, sin embargo, casi igualmente desconocidos de Madrid como de París y de Roma. Apenas si durante la guerra se recordó en Francia que en América circulaba un buen poco de sangre latina.

Pero semejante desconocimiento absoluto de Francia, ni extraña ni duele. No extraña, porque responde a un carácter fundamental del espíritu francés que, después que en un momento de olvido, se dió a todos generoso y humano derramándose por el mundo, se recogió y, concentrado en sí propio, se dedicó a depurar y a cultivar exquisitamente el yo nacional, a desechar cuanto aun de muy lejos le parecía serle extraño, a no admitir de cada talento, cualidad o virtud, sino aquel solo matiz que adivinaba característico suyo, muy francés, y acabó, en este largo proceso de severa destilación o alquitaramiento, por sustraerse a la Humanidad, hasta dejar a la Francia distinta y definitivamente separada del resto de la masa heterogénea, confusa y hostil de los otros, contra cuya probable contaminación la frontera no es ya la más o menos arbitraria línea donde la Francia concluye, sino el abismo espiritualmente insalvable en donde empieza la región de los demás, ni más ni menos que tal como a poca distancia de Atenas empezaba la región de los bárbaros para un ateniense del siglo de Pericles. Y si, dada la actitud mental de Francia, el desconocimiento que muestra de nosotros no ex-

traña, tampoco nos duele, ya que de ella sólo hubimos un modo de ser, una modalidad, un espíritu que de ella misma se ha ido con el tiempo disipando como un perfume. Duele sí de parte de España, cuya sangre y lengua compartimos, y asombra de parte de Italia, cuya multitud emigradora, conservando y aquilatando indirectamente el genio de la raza y la índole de nuestra cultura, de modo inconsciente y con germen tosco pero de buena ley, siembra nuevas opimas cosechas de latinidad en tierras de América desde el Río Grande hasta el Plata.

Nuestra América, para la gran mayoría de los italianos no es más de lo que es en la geografía del Marqués de Bajamar para la gran mayoría de los españoles. Y no me refiero al concepto por fuerza embrionario y candoroso del emigrante analfabeto, simple material de aluvión, materia prima humana, para quien es aún Buenos Aires el nombre de una República de la que serían capital Brasil o Chile: refiérome al expresado por el prohombre, sumo teorizante de política y famoso Jefe de Partido que, desde los escaños del Parlamento, alude a las REPUBLICUETAS de la América meridional; o al esparcido en la gran masa letrada o semiletrada que de América sabe apenas cuanto le es dable aprender en los avisos de cualquiera Compañía de navegación, como aquella que de la América del Sur desgaja a Venezuela y a Colombia, para ingertarlas, quiéranlo o no, en la América del Centro. Al mentarse en Italia cualquiera de nuestras capitales menores, no falta quien ingenuamente admirado pregunte: "en dónde queda eso?"; y, si se contesta nombrando la República de que aquella es capital, se obser-

vará en el demandante un asombro creciente que equivale a "me he quedado en las mismas". Encuéntrase quien pregunte si se habla castellano en el Brasil, y, lo que menos me explico aún, si se habla portugués en Méjico.

Algo a todo eso, en breve y exquisita lección que sin duda no fué deliberada del poeta, responden este libro de versos de autor mejicano y el hecho mismo de su publicación en Roma. Sin quererlo, en la Ciudad sobre la que se irguieron españoles bajo la púrpura y donde se habló español bajo la tiara, ellos vienen a decir que en el viejo solar de Sor Juana Inés de la Cruz, en Méjico, se habla castellano, y que, no solamente se le habla, sino que también se le trabaja y apura en clásico molde irrepreensible.

En el autor, el deber formal del diplomático y del caballero que, honrando a su país, honra al país que lo acoge, coincide armoniosamente con el deber esencial del poeta hacia la más generosa entraña de poesía, hacia la nación-verjel en cuyo seno el mármol es ya en lo hondo de la cantera sueño, germen y promesa de obra de arte, y cuando se muestra en la superficie al aire y a la luz, en su dureza de eternidad se anima, y vive y perfuma como una flor. Su libro empieza con una filial salutación a Roma, y está dedicado a la memoria de Carducci: no puede haber más cumplido homenaje a Italia.

Naturalmente, la mejor parte del homenaje va de modo espontáneo a Roma, donde este libro se publica, porque Roma inspiró muchos de sus versos y en ella ve el poeta el centro espiritual de su poesía. En efecto, cuando el sículo idilio de Teócrito y la bucólica de Grecia melodiosamen-

te se fundieron en la égloga virgiliana, la Arcadia dejó de ser griega por obra y gracia de Virgilio, y desde ese mismo punto la capital de Arcadia es Roma. No otra es la razón porque Roma atrae a este poeta, único entre los de su generación y en su país que, grato al bicorne dios de la Arcadia, prefirió AL INSTRUMENTO OLÍMPICO, LA SIRINGA AGRESTE, el suave caramillo rústico. Arcade, en tierra de Arcades, propicios el dios y el sumo rey de la Arcadia, Pan y Virgilio, al són de su instrumento, hecho de cañutillos cortados y labrados en tierra de Cuauhtémoc,

junta el ritmo castellano
 a la bucólica griega.

En tanto que en su dolor de crisálida monstruosa la tierra gime ensangrentada y convulsa, él aspira a encontrar para la eterna canción un aire nuevo en el secreto de la siringa pánida.

Cerca y lejos, la locura invade corazones y espíritus; arrastra individuos, clases y naciones; y corre y se propaga a modo de fulmínea pandemia. Un cretinismo proveyecto, sereno y descuidado, se obstina, con aires de meditación, al rededor de mesas protocolares, en hacer, contrahacer y deshacer el mundo; mientras otro cretinismo joven, más jovial, discurre y danza con lengua y piernas internacionales, en pintoresco barullo de FIVE O'CLOCK'S, en medio a la luz de sonrisas y miradas que deben casi toda su eficacia al droguista. Y unos y otros ignoran el huracán cuya fuerza apocalíptica se cierne y agrava sobre sus frentes en la atmósfera; y unos y otros ignoran el ejército de columnas de fuego que al lado

de ellos y en silencio está ya en marcha: huracán y ejército que, unidos en alianza inminente, moverán, incendiarán y renovarán la humanidad, con tanta rudeza y hondura de renovación, que, en parangón de sus efectos, las revoluciones pasadas más formidables habrán de aparecer como vulgares episodios, y los movimientos religiosos más profundos como tímidos balbucesos infantiles.

El poeta, entretanto, da de cuando en cuando la espalda a ese mundo nuevo y feo, y, después de rendir homenaje a la ciudad capital de la Arcadia, a Roma, FIOR D' OGNI CITTÁ, a la ciudad que es flor, flor de luz y de mármol, flor de la tierra, abandona su recinto, y más allá de la pesadumbre de sus palacios de hoy día y de la aérea maravilla de sus antiguos palacios, más allá de la altura umbilical de su Capitolio, más allá del escombros imperial de su Palatino y de la mole soberana de su Coliseo, tras de orillar o cruzar la Vía Apia, sobre columbarios que guardan bajo la esmeralda y el frescor del trémulo CAPELVÉNERE la anónima ceniza de los contemporáneos de Scipión y de Bruto, se sienta, si no al pie del haya de Mantua remota, sí al pie de los cipreses y de los laureles, de las encinas o los pinos parasoles de la campiña romana, y ahí se da, al tenue són de su caramillo, propicios el dios y el rey de la Arcadia, a celebrar, con el amor, todos los seres y cosas de eterna belleza y bondad: el cándido rebaño que a sus ojos paca la yerba y el citiso florido lo mismo que en los tiempos virgilianos, y el árbol que da sombra, y la fontana que da música, y la cigarra y el bucy.

Y he aquí cómo el título de este libro, apar-

te cualquiera otra consideración, adquiere un significado más ingenuo y profundo, porque, sin veleidades irónicas, el poeta puede asegurar que la humanidad está hoy, como ayer estuvo, y estará mañana como está hoy, siempre BAJO EL HAYA DE TÍTIRO.

Poco importa que haya nuevos Títiros, Arrios y Melibeos. Cambien o no cambien los hombres, cambien o no cambien los motivos de su acción, siempre cruel, queda la poesía que no se agota ni muda. Suscitada del caramillo, la avena o la zampoña, que bien pueden ser el mismo corazón del poeta, ella siempre está pronta a revelarse cantando como un hontanar secreto en el rincón de paz a donde se apartan con sus meditaciones Horacio y Fray Luis; a bajar, como un dón del cielo, de la garganta del ruiseñor; a entregarse como novia campesina en la clausura del huerto; a insinuarse en los corazones con la fragancia del jardín y a entregarse a todos, indistintamente, en la grave melancolía de la hora en que del casal rusticano asciende en el aire sereno el penacho de humo que invita al recogimiento y al reposo y desde las altas cumbres la noche tiende sus negros pabellones al valle.

et jam summa procul villarum culmina fumant
majoresque cadunt altis de montibus umbræ.

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ.

Roma, abril de 1920.

SALUTACION A ROMA

HACE ya veinte siglos fuiste joven. Un día
Pontífices y Césares halagaron tu oído,
mas a través del tiempo tu belleza ha crecido
cual crecido han tu arte, historia y poesía.

Trémula, claudicante, la faz sin lozanía
y túrbidos los ojos, y el pelo encanecido,
semejás una rosa de tinte desvaído
en los parques umbrosos de la Melancolía.

Salve, Matrona ilustre! Descansa bajo un solio,
frente a tu Coliseo, junto a tu Capitolio
y cabe tus fontanas cuyo murmurio arroba;

mientras yo, en un arranque de lirismo supremo,
impetro que me nutras, como Rómulo y Remo
en las pródidas ubres de la materna Loba!